

Adriana Marrero: El bachillerato uruguayo

José Beltrán*

Adriana Marrero: *El bachillerato uruguayo. Evaluaciones y expectativas de estudiantes, docentes, la universidad y el mundo del trabajo*. Montevideo: Germanía; CSIC; Universidad de la República, 2008, 303 pp.

Con relativa frecuencia las reseñas de libros corren el peligro de convertirse en ejercicios gratuitamente laudatorios. No creo, y no quiero, que este sea el caso. Pero me temo que, aun procurando un ejercicio de contención, el corolario será mercedamente elogioso. Para mudar lo que puede pasar por una mera opinión personal en un juicio razonado es necesario apelar a los argumentos, que son algunos de los sólidos materiales en los que se basa el conocimiento. Vamos con ellos, pues.

Aquí nos puede ayudar preguntarnos por el sujeto de la enunciación, es decir, por el autor, aquí autora, de la obra que va a ser valorada. Porque en algunas ocasiones la biografía de un autor ayuda a explicar la teoría que elabora, como la teoría refleja y revela aspectos de su propia biografía. Tal es el caso que nos ocupa. No intentaré resumir aquí el ya dilatado, extenso y reputado currículo académico de la profesora Adriana Marrero (Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales y Departamento de Sociología y Economía en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación), que justificaría sobradamente el interés de su estudio, porque aquí no se trata solo de explicar la relevancia de una investigación sino sobre todo el *sentido* de la misma. Para ello nada mejor que acudir a esa suerte de sincero credo pedagógico, por cierto en la mejor tradición de este género, que la autora introduce en el Prefacio del libro. En éste declara abiertamente que «buena parte de las dificultades que tuve que superar a la hora de enfrentar el producto de una investigación que fue de largo aliento, no tuvieron que ver (...) con las facetas más académicas de aquél proceso, sino con aquellos aspectos que tocaban más de cerca algunos momentos definitorios de mi biografía.» Pues, como dice a continuación, este trabajo sobre el bachillerato uruguayo supuso ponerse en cuestión a sí misma, como docente que sabe de lo que habla porque habla de lo que ha vivido.

Cuestionarse a uno mismo significa ejercer la crítica, esto es, poner en crisis los supuestos del sentido común. Quizá este libro pueda comprenderse mejor entonces como la crónica de una

* Universidad de Valencia.

crisis. En el bien entendido que ésta es la crisis –el análisis crítico, armado de criterios propios, en definitiva– de una investigadora que observa algunas fracturas del sistema educativo en relación con la esfera social y con el mundo laboral, a través de un observatorio privilegiado: el tramo del bachillerato en Uruguay. Observatorio y laboratorio, el bachillerato se entiende aquí, al decir de la autora, «como lugar de encrucijadas, de encuentros y desencuentros». El bachillerato significa, así, el cruce del sistema escolar con el sistema universitario, de la educación con el trabajo, de la adolescencia con la adultez, de las expectativas y de sus frustraciones.

A lo largo de nueve capítulos la autora va articulando las diferentes piezas de su investigación. Se parte de la problematización del bachillerato –el bachillerato como problema– porque éste constituye «el último paraje conocido del trayecto escolar y su superación supone enfrentarse la decisión de elegir casi a ciegas, uno de los varios senderos que se bifurcan». Este paraje da lugar a algunos interrogantes y a no pocas paradojas. Así, Marrero comienza constatando una suerte de «encapsulamiento» del sistema educativo respecto de las realidades del mundo exterior a él. Desde este supuesto, propone «indagar en las perspectivas que distintos actores –estudiantes, profesores, universitarios y empresarios– mantienen respecto al bachillerato como espacio de distribución de saberes pertinentes para cada uno de los universos de significación a los cuales dichos actores pertenecen». La autora privilegia en su estudio, de esta manera, la relación con el saber en diferentes contextos de interpretación y en el marco de una sociología del sujeto. En este sentido, una discusión que atraviesa todo su trabajo, y que resulta relevante, es la que tiene lugar entre la educación generalista en relación con la enseñanza especializada. La dialéctica social entre uno y otro modelo no es en absoluto trivial porque conduce a la cuestión que no deberíamos eludir –y que sin embargo aparece o bien secuestrada en las recientes reformas educativas o bien con una respuesta ya dada– acerca de los fines de la educación.

Las representaciones que los diferentes actores sociales tienen sobre el bachillerato y las opciones de futuro que éste plantea ocupan un espacio propio en el estudio. Por una parte, la percepción de los jóvenes sobre el bachillerato pasa de la expectación al desencanto, mostrando elevados niveles de desorientación e incertidumbre. Y a su vez, todo ello constituye una muestra de que el sistema educativo tiene un carácter casi insular en relación a la sociedad y al mundo. También en el imaginario de los jóvenes se proyectan representaciones sobre esos mundos todavía desconocidos para ellos que son la universidad y el trabajo, y ahí el bachillerato juega un papel importante como puente para el futuro. Aquí cuenta más la creencia o la confianza que la racionalidad o, si se prefiere, pesa más la expresión de los deseos que el principio de realidad.

Por otra parte, la percepción de los docentes sobre el bachillerato en relación con la universidad muestra la persistencia de una ambigüedad, que se manifiesta en posiciones que van desde la concepción de un bachillerato propedéutico para la universidad, un bachillerato para otras cosas o un bachillerato que se ha instalado o claudicado ante las dudas de identidad: bachillerato, ¿para qué?. Estas dudas de identidad acaban erosionando la figura del profesorado que observa una devaluación creciente del conocimiento y un descrédito de la profesión docente, aspectos que reflejan lo que se ha diagnosticado como «malestar docente». Si los estudiantes critican la calidad de su escolarización, los docentes imputan, entre otros, a los propios estudiantes la causa del declive en la enseñanza. Lección sobre la lección, entre la desafección de

los estudiante y la adaptación del profesorado, se añaden nuevas preguntas a las primeras: ¿qué profesorado para qué bachillerato para qué jóvenes?

En la parte final del estudio, Adriana Marrero se detiene en esa zona de tránsito del bachillerato a la universidad y al mundo del trabajo. Parafraseando el conocido título de la película, los estudiantes parecen perdidos en la traducción («lost in traslation»), expresando básicamente tres tipos de temores. Temor al salto que supone pasar de un nivel a otro, a equivocarse en la carrera elegida, a perder años por repetición. Por su parte, el profesorado universitario detecta una lista cada vez más grande de carencias en los jóvenes que ingresan desde el bachillerato, confirmando el comportamiento típico, en palabras de M. W. Apple, de «exportar la culpa». Si la universidad espera más de los estudiantes, el mundo de la empresa también espera más y mejor de los estudiantes: más formación, experiencia previa y actitud positiva. En cualquier caso, el tránsito entre el sistema educativo y el mundo del trabajo pasa a convertirse en un significativo desencuentro, como dos interlocutores que aparentan estar dialogando entre sí, mientras cada uno está hablando para sí mismo.

Desde hace tiempo, viene circulando una especie que parece impregnar nuestra vida social, me refiero a la llamada flexibilidad. Si flexibilidad significa adaptación (o adaptabilidad) al cambio, Heráclito ya nos advirtió de ello hace mucho tiempo, y el rapsoda Bob Dylan lo recordaba también para nuestra propia época. Otra cosa es el significado que queramos otorgar a la noción de cambio, si optamos por naturalizarla o si optamos por humanizarla. Y eso se aplica al propio término de flexibilidad. Porque este libro, al menos, constata que hay vida inteligente en los actores sociales, a veces no gracias sino a pesar de (o como respuesta a) las propias instituciones y sus demandas. En tiempos de rebajas, cuando las instituciones se vuelven flexibles –a veces demasiado flexibles– ¿qué podemos esperar sino compromisos flexibles por parte de unos jóvenes que tienen que gestionar cotidianamente sus propias perplejidades ante el espectáculo de una sociedad desconcertada y de instituciones depreciadas?

El análisis de Adriana Marrero, con deliberado acento crítico y a veces con una saludable ironía, no se desliza ni hacia el fatalismo ni hacia el victimismo. Más bien observa, como buena socióloga, los «hechos incómodos» con los que todo científico social tiene que lidiar si quiere hacer lecturas de la realidad social. Frente a un escenario plagado de no pocas adversidades, Marrero concluye que éstas también pueden servir para que los jóvenes aprendan las reglas del juego social, un aprendizaje que incorpora el conocimiento de su contingencia, de cómo horadar, entonces, los muros de la necesidad. Aprendizaje de reglas, pues, pero también de sus disidencias.

Los que hemos leído el libro de Adriana Marrero desde la otra orilla del Atlántico, podemos constatar algunas peculiaridades del sistema uruguayo en relación con el sistema educativo español, como señala Mariano Fernández Enguita en la Presentación, pero muchas más similitudes. De modo que si el análisis ofrecido es local, las reflexiones que se derivan tienen un valor universal. El libro, así, tiene un valor añadido como reflejo en el que proyectar nuestras propias representaciones y en el que volcar nuestra propia mirada sociológica, una mirada que necesariamente ha de ser comprometida si quiere intervenir en aquello que mira.

Hablando de compromisos, los de la profesora Marrero a través de esta obra no pueden ser más firmes, y tienen que ver con su manera de explicar y de comprender el mundo, aquello que Max Weber sintetizaba en la fórmula de explicación comprensiva. En esta ocasión, explicación y comprensión, como ilustran las palabras con las que concluye su estudio, son también una invitación a la acción: «En todo caso, la formación de los jóvenes, en especial los que sólo pueden recurrir a la escuela pública, a través de una educación de buena calidad, general, variada y pertinente, no es ya sólo una forma de prepararlos para un mundo laboral desconocido, sino además, un imperativo ético.»